CAPÍTULO XVII.

TOLEDO.

EL ALCÁZAR.

NO muy lejos de la plaza del Zocodover, y en una eminencia cuya base baña el Tajo, levántase una mole de piedra, imponente en su aspecto, grande y severa en su fábrica, que domina toda la ciudad imperial. Es el Alcázar ó palacio de los señores de Toledo, la vieja residencia de los monarcas de Castilla, á la sazón restaurándose á causa del último y voraz incendio que la envolvió entre sus llamas destructoras.

Después del Templo Primado, el Alcázar es el más interesante de todos los edificios toledanos; y á él encaminamos desde luego nuestros pasos.

De la plaza nos internamos por una calleja larga y angosta; en seguida, y volteando hacia nuestra izquierda, ascendimos por una rampa que nos condujo á una plataforma sobre la cual descansa toda la pesadumbre inmensa del Alcázar.

Desde esta plataforma, gózase de la más hermosa vista de la ciudad del Tajo. El sol de la mañana hería oblicuamente las tejas de las casas, que proyectaban sus extensas sombras sucesivamente hasta perderse en los confines de la regia Capital, que despertaba de su somnolencia en medio de su lecho

de piedra, arrullada por el murmullo de las aguas históricas del río, que en sus mil vueltas y revueltas, fecunda tierras, besa majestuoso el asiento de ciudades insignes y muere al fin en las ondas del Océano, en cuyas riberas, próxima á la desembocadura, y como para dar el último adios á las aguas del río que sin cesar son presa del Atlántico, pintorescamente se levanta la perla de la Lusitania, la simpática Lisboa. Por aquí el puente de Alcántara, con su pesada puerta coronada de almenas; más al Sur, y sobre abruptas rocas, el desmoronado castillo feudal de San Servando, original y misterioso; por allá la aguja esbelta y la mole de la Catedral, descollando en primer término sobre todos los edificios de su torno; y más lejos, los lienzos de muralla que circundan á la ciudad con sus torreones y sus puertas, y los campos dilatados en cuya superficie el viajero puede todavía contemplar las huellas del circo máximo, que en los tiempos romanos allí se levantó.

Tiene, pues, el Alcázar, una situación estratégica: todo lo domina desde su altura; y así lo tuvo en cuenta su ilustre fundador cuando mandó se labraran los cimientos de esta fábrica.

Reconquistada Toledo en el siglo XI por Don Alfonso VI, según ya en otra ocasión lo indiqué, erigió sobre esas mismas rocas una fortaleza que sirviese de defensa contra las armas musulmanas, en caso necesario; la fortaleza convirtióse presto en morada feudal, y era claro. La naturaleza misma de la señora del Tajo, su modo de ser, su todo, así lo requería, y los señores feudales, claro estaba también, que deberían ser los mismos reyes y dueños de semejante fortaleza. Los sucesores de Don Alfonso continuaron aumentando aquel castillo, que después trocó su nombre por el de Alcázar ó Palacio Real, que cobijó en su seno á Don Alfonso el *Sabio*, á Don Fernando III, á Don Juan el II, á los reyes católicos Don Fernando y la insigne Doña Isabel, y finalmente, al vencedor afortunado de Francisco I.

Con especialidad los Reyes Católicos y Carlos V ensancharon el palacio, convirtiéndolo en suntuosa morada; y aun cuando el Emperador la habitó, no dejó concluídas las obras que se propuso llevar á cabo. Esto no obstante, el genio emprendedor de Felipe II intervino en el Alcázar, tomando á su cargo la empresa el célebre arquitecto Juan de Herrera, ya conocido nuestro en la fábrica del Escorial.

Trasladada la Corte á Madrid, el palacio no volvió á ser morada de reyes, y desde entonces á la fecha el histórico edificio ha servido para diferentes usos.

¡Ocurrencia peregrina la de Felipe II de abandonar la tradicional Toledo por la villa del Oso, que en absoluto carecía de los timbres de gloria y de la magnificencia de la ciudad imperial!

El cambio no pudo ser más brusco; y de seguro que si siempre la Corte hubiera residido en Toledo, trabajo le cuesta á José Bonaparte reinar sobre les españoles.

Parece que el fuego se ha propuesto rudamente castigar al palacio toledano. Á principios de la pasada centuria, y durante la calamitosa guerra de sucesión que tanta sangre costó á España, incendiaron el Alcázar, haciendo grandes estragos el voraz elemento; después, el año 1810, los franceses le prendieron fuego, y el palacio estuvo ardiendo durante tres días; apenas los muros exteriores resistieron: la escalera se escapó de la catástrofe y algunas otras partes que se pudieron á duras penas poner en salvo. Á costa de grandes sacrificios comenzóse la restaución del palacio; todo estaba concluído: las obras, según dicen testigos presenciales, eran magníficas: qué sé yo cuántos millones de reales se invirtieron en reparar el edificio; empero, no se sabe si la casualidad ó alguna mano criminal y vandálica volvió en 1886 á incendiar el Alcázar: el acontecimiento fué desastroso; nadie pudo poner coto á la devastación que parecía no respetar ni los muros más bien edificados; sin embargo, al cabo de trabajos sin cuento, el fuego cedió, y dentro de las cuatro inmensas paredes de piedra que limitan el Alcázar, pudo contemplarse con dolor y con espanto un negro montón de ruinas: los techos más bien decorados, los muros con brillantez aderezados, desplomáronse á impulsos del terrible elemento, quedando sólo en pie unas cuantas paredes y la escalera, puesta por tercera vez á prueba como indestructible.

Honda sensación causó tan espantoso incendio, cuyas huellas todavía se conservan, y cuyo recuerdo arrancó á los toledanos que nos referían el suceso, frases de justa indignación contra el que cometió semejante crimen, y de sentimiento por la pérdida de tantas y tantas obras de arte que en medio de las llamas perecieron.

Pasadas las primeras impresiones, se pensó en restaurar el edificio, y lentamente va rehaciéndose la fábrica, que á su conclusión, se destinará para la Academia general militar.

Perfectamente orientadas, cuatro inmensas fachadas forman el recinto paralelográmico rectangular del Alcázar, y cada una es de distinto género y en diversa época construída. Singular mezcla de estilos que, aunque defectuosa, no deja de tener un especial carácter. La fachada del Norte, que es la principal, débese á Alonso de Covarrubias, arquitecto de Carlos V; la decoración es plateresca, lo mismo que la de la fachada del Oeste. La del Sur es obra de Juan de Herrera, dórica en su orden, severa en su conjunto, sencilla en su ornato general. Al lado de estos grandes lienzos, y cerrando el edificio, llama grandemente la atención la fachada oriental que tiene todos los caracteres de las construcciones del siglo XIV, á cuya época quizá pertenece este gran muro. En toda su longitud, y sensiblemente en mitad del lienzo, corre un balcón de piedra con barbacanas y almenas, terminando el balcón en ambas extremidades, en la parte superior de dos torreones colocados en la abertura del diedro que forman las torres angulares y el muro. Tanto arriba como abajo de este singular balcón, aparecen órdenes paralelos de ventanas, unas pequeñas y otras grandes, desde donde se domina la áspera pen-

diente del terreno que va á servir más tarde de cauce al Tajo.

La puerta principal, que mira al Norte, consta de una portada plateresca con arco almohadillado, columnas jónicas estriadas á los lados, y un entablamento en cuyo friso se lee:

CAR.º V. RO. IMP. HISP. REX. M. D. LI.

Encima de este cuerpo descansa otro más sencillo que, entre dos reyes de armas, muestra esculpido en alto relieve el escudo imperial.

A ambos lados del pórtico, sobre sendos pedestales, se levantan las mutiladas estatuas de los reyes godos Recaredo y Recesvinto, al decir de las borrosas inscripciones que al pie de estas figuras aparecen.

Una vez que hubimos rápidamente examinado las fachadas, como mejor se pudo, penetramos al interior.

Un vasto patio rectangular en cuyo centro se levanta una estatua, una arcada corintia circundando el patio, y encima de ésta otra semejante, techos desplomados, paredes sueltas, una parte semidestruída, otra en plena restauración, tal fué el golpe de vista que tuvimos.

¡Cuán majestuoso es aquel patio solitario con sus muros negros por las llamas del incendio, con sus arcadas elegantes y airosas, coronadas las últimas por bella balaustrada, borradas sus labores por los efectos del fuego!

Desgraciadamente no pudimos darnos cuenta cabal del interior del Alcázar por hallarse en obra y no estar concluída la escalera principal. Contentámonos entonces con ver parte de la planta baja, los restos de la hermosa capilla y algunos otros departamentos de menor importancia.

Como acabo de decir, álzase en el centro del patio, sobre un pedestal de piedra, la estatua en bronce del Emperador Carlos V. A sus pies se encuentra encadenado un africano, también en bronce, y que aparece como vencido por el monarca. La cara del frente del pedestal tiene las armas imperiales; y la opuesta un laurel simbólico. Cada uno de los otros dos tableros laterales ostenta senda inscripción; las letras son de relieve, metálicas, y faltan algunas, aun cuando no por esto dejan de ser perfectamente legibles las leyendas, que copio en seguida, tal como allí se encuentran.

Una dice:

QUEDARÉ
MUERTO
EN AFRICA
Ó ENTRARÉ
VENCEDOR
EN TÚNEZ.

Y la otra:

SI EN LA PELEA
VEIS CAER MI
CABALLO Y MI
ESTANDARTE
LEVANTAD
PRIMERO ESTE
QUE Á MÍ.

Atribúyense ambas frases al mismo Carlos V. Igual del todo á esta estatua he visto otra en el Palacio Real de Madrid, colocada en el antiguo comedor.

Al salir del Alcázar descendimos por rampas y escalinatas que al frente de la parte principal existen, y nos internamos luego por el laberinto de callejones empinados, para ir á visitar otros sitios también añejos, tradicionales, misteriosos, interesantes é históricos.